

## EDITORIAL

## ÚLTIMA CUENTA PÚBLICA DEL PRESIDENTE BORIC

**E**l Presidente Gabriel Boric rindió este domingo ante el Congreso su cuarta y última Cuenta Pública, con un discurso en el que prometió abordar con “humildad, firmeza y honestidad” los resultados de su gestión y que estuvo marcado por su reivindicación de la gobernabilidad como expresión de los acuerdos alcanzados durante su mandato. La aprobación de la reforma previsional, la reducción progresiva de la jornada laboral y el alza del salario mínimo sustentaron gran parte de su foco discursivo, en una narrativa centrada en avances sociales. Sin embargo, al igual que en su programa de Gobierno, persistió la ausencia de propuestas sustantivas para impulsar el crecimiento económico, la inversión y la productividad, pilares ineludibles para garantizar sostenibilidad fiscal y bienestar a largo plazo.

En este ejercicio de honestidad, el mandatario reconoció al inicio de sus palabras que hubo señales que su Gobierno no supo leer con claridad. “Tuvo que ocurrir el primer plebiscito de salida para dejarnos en claro que no bastaba con las convicciones y la voluntad de cambio para gobernar, que era necesaria una mejor síntesis entre generaciones y proyectos progresistas. Hubo que ajustar el rumbo”, concedió.

Y también reconoció que su administración no logró todo lo que quería, con la profundidad que buscaba. “Nos tocó ponderar nuestras aspiraciones para conseguir avances concretos y tangibles para el pueblo de Chile. La reforma de pensiones, que por 10 años había resultado infructuosa, es quizás el mejor ejemplo de ello”, dijo.

En este marco, sostuvo que los acuerdos alcanzados en materia de leyes laborales, la solución a la deuda histórica de

los profesores, las propuestas de la Comisión para la Paz y el Entendimiento, junto a la Estrategia Nacional del Litio forman parte del ejercicio de la gobernabilidad.

En las dos horas y 31 minutos que duró su discurso, destacaron los anuncios sobre la extensión del Metro, el adelantamiento de los planes de descarbonización y el impulso a la reforma política. En cambio, en materia macroeconómica no hubo firmeza para proponer reformas estructurales que impulsen el crecimiento más allá del magro potencial de 2% en el que se encuentra anclado.

“Teníamos que crecer al máximo posible dadas las condiciones estructurales que heredamos, y así fue: cada año hemos

**Reducir las incertezas también es gobernabilidad. Aportar claridad y reglas del juego estables también lo es.**

crecido más de lo pronosticado. ¿Ha sido suficiente? Claro que no. Pero hemos crecido tanto como era posible en el contexto que enfrentamos”, sostuvo el Presidente. Ante sus palabras, cabe preguntarse cuánto pudo avanzar la economía chilena si la convicción respecto del crecimiento y la necesidad de potenciarlo se hubiese practicado desde el inicio de su mandato.

Más allá de su optimismo en la pronta aprobación del proyecto sobre permisos sectoriales, no hubo referencias a temas tributarios, incentivos a la inversión, mejoras en productividad, emprendimiento o las PYME. El relato discursivo fue más bien un cúmulo de señales, más que de lineamientos concretos

orientados a reactivar la economía, dejando en evidencia la falta de una visión articulada y sostenida para enfrentar los desafíos estructurales del desarrollo productivo del país.

Siendo el empleo, la seguridad y el desempeño económico tres de las principales preocupaciones ciudadanas, la narrativa presidencial transmitió escasa urgencia respecto de estos ámbitos. En lugar de una hoja de ruta clara y decidida, predominó una apuesta comunicacional por proyectar un clima de optimismo y estabilidad, sin abordar con la profundidad requerida los factores estructurales que limitan el dinamismo económico.

Tampoco hubo una propuesta de reemplazo a un modelo económico –el de los ‘90 y 2000– que la actual coalición considerara “agotado”.

Las referencias fueron múltiples, en cambio, a casos y personas beneficiadas con leyes y normas, y a la defensa política de lo que el mandatario considera su herencia en materias de derechos humanos, derecho internacional, comercio y equilibrio geopolítico, poniendo el acento en que un gobierno de otro signo no habría promovido los cambios sociales defendidos por la coalición gobernante.

Para una coalición que llegó al galope sobre una intensa ola de descontento, el tono de tranquilidad sobre el estado actual del país resulta, cuanto menos, desconcertante. La serenidad narrativa contrasta con las inquietudes ciudadanas y revela una desconexión significativa entre el mensaje presidencial y las urgencias que hoy dominan la agenda pública.

Reducir las incertezas también es gobernabilidad. Aportar claridad y reglas del juego estables también lo es. La última cuenta presidencial ofreció certezas en lo hecho, pero pocas señales sobre lo que viene. Y en tiempos de inquietud, eso también pesa.